



Psicología de la brujería

Witches and Psychology

■ Cecilio Paniagua

Resumen

Se estudia el fenómeno social de la brujería, la psicología de las brujas y sus perseguidores, la evocación del demonio y las psicosis colectivas generadas por estas creencias, fruto de mecanismos proyectivos inconscientes, de la sugestión regresiva y del retorno de lo reprimido.

Palabras clave

Brujas. Demonio. Perseguidores. Psicosis colectiva.

Abstract

The social phenomenon of witchcraft, the psychology of witches and their persecutors, the presence of the devil, and the mass psychoses generated by these beliefs are commented upon. These are considered a consequence of unconscious projective mechanisms, regressive suggestion and the return of the repressed.

Key words

Witches. Devil. Persecutors. Mass psychosis.

■ Introducción

En un magnífico y conciso tratado sobre *Las brujas en la historia de España* (1992), Carmelo Lisón, su autor, dice: "Algo que parece tan fantástico y absurdo como la brujería ha conquistado y dominado la mente humana en la mayor parte del mundo ayer y hoy y, posiblemente —no encuentro razón para dudarlo— mañana". Tanto las prácticas de brujería como la misma creencia en ésta, explícita o no (el "haberlas, haylas"), constituyen un ejemplo notable de los comportamientos extremos de que es capaz el ser humano por desconocimiento de su psicología profunda. ¿Cómo han podido desarrollarse semejantes creencias?

El autor es Doctor en Medicina, Psiquiatra, Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Internacional y Profesor Honorario de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid (España).

¿Cómo pudo convertirse ese sistema de pensamiento en psicosis colectiva? Y ¿cómo pudo desarrollarse en países occidentales que ya habían dejado atrás hacía tiempo el oscurantismo medieval? Voltaire pensaba que el raciocinio y la educación habrían bastado para erradicar de Europa la extravagancia brujeril. Su contemporáneo, nuestro Feijoo, tildó de necios a los testigos y delatores de hechicerías. Sin embargo, desde la perspectiva moderna podemos juzgar que las opiniones de estos hombres de la Ilustración pecaban de simplistas, porque ni la ignorancia ni la necesidad dan debida cuenta de la complejidad psicológica de la brujería.

En la época anterior a la psicología psicoanalítica resultaba muy difícil pensar en la existencia *intrínseca* de un mundo de fantasías sádicas y macabras, entre otras razones, porque esta idea habría despertado la alarmante sospecha de que quizás *todos* tengamos un fuero interno poblado de "demonios". Fue Freud quien expondría que éste era precisamente el caso, para mortificación de la vanidad humana. En las circunstancias socioculturales del pasado, todo lo que resultaba desfavorable y parecía misterioso (y siglos atrás había muchas cosas misteriosas), tendía a ser atribuido al influjo del demonio o de las brujas, sus secuaces en este mundo.

Recuérdese que para el niño lo desconocido y secreto es siempre ominoso, en principio. Los razonamientos de la niñez persisten en la adultez porque el desarrollo mental del ser humano consiste en la adición de conocimientos guiados por el realismo y la lógica por encima de dichas reacciones infantiles, a las que nunca consigue sustituir plenamente, en contra de lo que preferiríamos creer. Muchas de las fuerzas primitivas y ocultas que el hombre presiente en su corazón implican, efectivamente, una amenaza psicológica. Contra estas fuerzas, los humanos nos hemos defendido inventando ritos diversos, ceremonias mágicas, sortilegios, fórmulas esotéricas y amuletos que proporcionasen una sensación, ilusoria, claro, de seguridad.

Para comprender el fenómeno de la brujería es esencial el reconocimiento del poder de la *sugestión*, incluida la autosugestión. Este poder es tan grande como para confundir a veces a personas juiciosas. Digamos de paso que no es infrecuente que los mismos médicos subestimen, aún en la actualidad, la influencia de la sugestión en las sintomatologías de sus pacientes. Una de las manifestaciones más extremas de la sugestión es aquel trance autohipnótico en que se revelan contenidos que el sujeto no posee en su sistema consciente y que parecen incomprensibles o contrarios a su personalidad ostensible. Esto fue lo que sin duda ocurrió en tantos casos de confesiones públicas de brujas, en las que en una atmósfera de acusaciones mutuas acababan convenciéndose de su participación en imaginarios aquelarres, verbalizando sus fantasías, al principio sin coerción física alguna. Tenían alucinaciones visuales de naturaleza conversiva. En su peculiar estado de regresión psicológica y receptividad ante la ascendencia de figuras de supuesta autoridad (similar a la experimentada en los síndromes de Estocolmo de la era actual) se contagiaban los temas de su patología emanados, a su vez, de la fantasmagoría infantil.

En las prácticas de brujería y la creencia en las posesiones satánicas se da una proyección de los perversos impulsos internos que resultan inaceptables a la conciencia. Estos impulsos,

claro está, resultan más visibles en la infancia, cuando no se ha desarrollado aún un Superyó sólido y cuando las defensas psicológicas son todavía elementales. Dijo Freud (1888) que las tendencias "brujeriles" podían en realidad evidenciarse "cualquier día en cualquier calle donde haya niños jugando". Al famoso dicho de que "todos nacemos locos...", podría añadirse que también nacemos todos brujos y sólo la maduración hace de nosotros seres (semi)racionales.

La brujería siempre ha producido intensa ambivalencia: miedo y odio, por una parte, y fascinación y secreta admiración, por otra. El poder que ostentan las brujas en nuestras leyendas y tradiciones es enorme. Pero este poder nunca ha existido fuera de nuestra imaginación, fuera de ese funcionamiento mental primitivo que, en mayor o menor grado, compartimos todos los seres humanos y que late escondido debajo de nuestra racionalidad.

El demonio

La mente humana está constantemente intentando sumergir de forma automática, esto es, no deliberada, todo lo temible en lo inconsciente; pero lo reprimido siempre rebulle, pugnan-do por manifestarse de alguna manera. No nos ha de extrañar que en nuestra psique se debatan seres mágicos malignos. La parte de la mente humana que permanece dominada por el pensamiento mágico exterioriza los demonios internos, lo que equivale a decir que en ella operan los mecanismos *proyectivos*. Pero también operan en esta mentalidad primitiva los mecanismos *introyectivos*. Estos últimos son los que explican, por ejemplo, que mujeres embarazadas de todas las épocas hayan temido que la visión de personas con defectos físicos o alguna otra influencia externa imaginaria, como el "mal de ojo", supusiera la incorporación de alguna anomalía en el feto. Aquello que, por inaceptable, se relega inconscientemente al Inconsciente (valga la redundancia), acaba manifestándose después de alguna manera. La idea del demonio representa uno de los más típicos ejemplos del *retorno de lo reprimido*, fenómeno muy conocido por los psicoanalistas. Curiosamente, en la figura del demonio acaba viéndose tanto a un malvado instigador a la satisfacción de los instintos, como a un ser sobrenatural que nos castiga cruelmente por dicha satisfacción, esto es, por los pecados. Es muy significativo que el demonio sea interpretado como tentador y como punitivo a la vez; que represente tanto la incitación al desenfreno como el castigo atroz por ceder a la tentación. Claramente, se trata de una fantasmagoría proyectiva de nuestros conflictos intrapsíquicos entre las pulsiones instintuales, por una parte, y la censura moral del Superyó, por otra.

Aunque parezca extraño, la creencia en los demonios constituyó un progreso en la evolución psicológica de la Humanidad, porque permitió que muchos de los peligros proyectados que el hombre de la Antigüedad sentía que le acechaban por doquier, se concentraran en sólo uno o unos personajes míticos terribles. La sensación de amenaza se circunscribió, resultando entonces la situación más fácil de tolerar mentalmente. Además, con esto se consiguió ver al demonio, defensivamente, como una entidad completamente ajena a lo humano. No solemos

tener consciencia de que este ser imaginario no es sino la representación personificada de nuestros instintos inconfesables, de nuestras perversiones reprimidas (esto es, hechas inconscientes) y de nuestras irracionales tendencias autopunitivas. A este personaje de ficción, cúmulo de proyecciones, se atribuyen los propios impulsos malévolos, culpabilizantes y vergonzantes. Dichos impulsos se perciben luego como impuestos desde fuera (las "tentaciones del diablo"), lo que resulta psicológicamente mucho más manejable, por lo menos a corto plazo, que si son identificados como propios. No nos es fácil reconocer la maldad, las aberraciones, la crueldad que, en mayor o menor grado, llevamos escondidas en nuestro ser, aunque, como dijo el psicoanalista Glover (1933), a la Humanidad seguramente le habría ido mejor si en el Decálogo se hubiese incluido el mandamiento de conocer el propio sadismo inconsciente.

Al demonio se atribuían también las catástrofes de origen ignoto y todas las enfermedades de etiología desconocida, antaño la mayoría. El psiquismo humano tolera mal la sensación de ignorancia ante los fenómenos naturales. Al igual que se creía que el omnipotente Dios era la causa de aquellos de naturaleza favorable, se pensaba que el casi omnipotente Satán lo era de aquellos de signo desfavorable. Estas creencias son vestigios universales de la percepción maniquea de los progenitores en la infancia. Para el niño pequeño existe, por una parte, la madre o el padre bueno y, por otra, el malo, ambos todopoderosos (y ambos el mismo, claro). Estas imágenes escindidas perduran introyectadas en la psique del adulto, y son las que luego acaban proyectándose. Comprensiblemente, preferimos pensar que las fuerzas del bien son más poderosas que las del mal. Lo contrario resultaría demasiado terrorífico. Luzbel era sólo quasi-omnipotente; por eso no es un dios sino un ángel caído.

Las brujas

De los posibles compromisos y transacciones fáusticas con las fuerzas del mal —en aquellos que se sintieron abandonados por las del bien— ninguno de tanta raigambre como el de las brujas. Si el demonio era figura masculina, al pueblo le pareció natural que sus adoradores y servidores fueran, en su mayoría, mujeres. En efecto, el fenómeno de la brujería fue eminentemente femenino, sobre todo en nuestra península. Las mujeres son "más dadas" a la nigromancia que los hombres, alegó Fray Martín de Castañega, predicador franciscano del Santo Oficio, en 1529, "Porque Christo las apartó de la administración de los sacramentos" y "porque más ligeramente son engañadas por el Demonio, como aparece por la primera a quien el Demonio tuvo recurso" (cf. Caro Baroja, 1966). Un ejemplo más, éste particularmente maligno, del antifeminismo de todas las épocas.

La consciencia misma de poseer deseos sexuales ("pensamientos impuros") ha sido considerada pecaminosa, y al pecado se le supone un origen diabólico. Partiendo de estas premisas, las mujeres, inductoras de ideas lujuriosas, habrían de ser agentes del demonio. Con sus

encantos pueden inducir al varón a pecar. Obsérvese aquí la doble acepción de la palabra "encanto", que se extiende también a términos como "hechizo" o "embrujo". Pero, ¿y qué decir de los deseos sexuales de la mujer? ¡Más diabólicos aún eran considerados! ¡No sólo inducían al pecado, sino que ponían al hombre en la situación de no poder satisfacerlos quizás, para menoscabo de la identidad masculina y el orgullo fálico!

Las brujas, emuladoras de Satán, eran "culpables" de toda suerte de desgracias: de plagas, de aojamientos, de monstruosidades, de horrendos homicidios, es decir, de la supuesta actualización de tendencias ocultas en la mente de sus semejantes. La mayor parte de las brujas de tiempos pasados serían probablemente personas bastante elementales, sin control voluntario sobre su psiquismo trastornado. No abundarían las simples simuladoras. Con seguridad, serían víctimas de su propia sugestión. Además, una vez aisladas socialmente, hubo de actuar sobre ellas el factor de la privación sensorial, capaz de inducir estados psicóticos sobre todo en las mentes inmaduras. Las supuestas brujas de antaño sentirían de verdad lo que decían haber experimentado y esto habrá hecho más verosímiles tanto sus conjuros como sus declaraciones. Por asombroso que parezca, las que eran jóvenes, en su autosugestión, podían estar convencidas, por ejemplo, de haber tenido coito con el diablo, a pesar de su doncellez. ¿Qué podían pensar sus allegados y los jueces sino que los terroríficos *alter egos* de estas mujeres, hasta entonces de conducta aparentemente normal, eran consecuencia del influjo demoníaco? Y puede considerarse que tenían razón excepto en un punto esencial: los "demonios" que las aquejaban no eran externos; habitaban sólo en sus mentes.

Las personas más propensas a la persuasión sugestiva son aquellas con caracteres histéricos, de modo que puede afirmarse que quienes se vieron más fácilmente inmersas en el torbellino de las posesiones brujeriles fueron, con toda probabilidad, aquellas mismas personalidades que en épocas posteriores desarrollaron los dramáticos cuadros de neurosis de conversión que con tanto interés estudiaron neurólogos y psiquiatras del siglo XIX. Una manifestación tan antisocial como la de la brujería también debió servir de medio de expresión a la rebeldía propia de adolescentes proclives a oponerse escandalosamente a las costumbres cristianas de sus mayores. En el caso de las viejas, la brujería activa —no la simplemente asumida por los lugareños— debió vehiculizar sentimientos de venganza ante su apartamiento social. Además, siendo el núcleo central de la psicología de la bruja su supuesta posesión de poderes especiales, se entiende que esta identidad resultase compensatoriamente atractiva sobre todo a las personas con sentimientos de inferioridad basados en deficiencias o situaciones desfavorables, o en una inmadurez general. Claramente, la identidad bruja de estas mujeres se prestó también a la satisfacción de tendencias masoquistas, por su calidad de perseguidas. A todo esto se le añadiría a veces el oportunismo material de un *modus vivendi*.

Existen también las brujas "de la suerte", adivinatoras, santiguadoras, sanadoras, parapsicólogas, y videntes de destinos zodiacales. Dígase de paso que hoy día las estadísticas muestran que los gastos dedicados por la población de los países de Occidente a astrólogos, futurólo-

gos y otros charlatanes son muy superiores al presupuesto para la investigación científica. Parecería que las brujas practicantes de la magia blanca tienen poco que ver con las hechiceras, conjuradoras y celestinescas brujas satánicas. Podría pensarse incluso que son diametralmente opuestas a ellas. Pero, en realidad, comparten lo más esencial: la pretensión por parte de ellas y la suposición por parte de otros de que son poseedoras de poderes sobrenaturales. La bruja "buena" y la "mala" son dos caras de una misma moneda. Si vamos algo más allá de lo ostensible veremos que puede no haber una dicotomía clara entre las dos figuras. Siempre ha de existir aquella tentación expresada en la cita de *La Eneida* virgiliana que sirve de frontispicio a *La interpretación de los sueños* de Freud, "Si no puedo conciliar a las fuerzas celestiales, recurriré a las de los infiernos". La posibilidad de este cambio en la polaridad de la magia se halla muy bien recogido por Lisón (1992) en su reflexión sobre las reacciones que el personaje de la meiga podía despertar en el pueblo: "Si la bruja tiene poder para quebrar un mal de ojo, ¿no tendrá también poder para echarlo? Si sabe deshacer un hechizo, ¿no sabrá al mismo tiempo hechizar? Si logra desalojar al mismísimo demonio de un cuerpo [...] ¿no se sentirá tentada de abusar de esa misteriosa fuerza oculta para causar el mal cuando intencionalmente y a voluntad lo decida?".

Se comprende que en ambientes de ignorancia y en situaciones de miedo se hayan dado más las acusaciones de brujería por parte de vecinos enemistados, deudos codiciosos o maridos celosos. Sin embargo, lo que en el pasado convencía más a autoridades como los jueces inquisidores, de la existencia de pactos diabólicos era las confesiones espontáneas, sin conminación ni tortura (procedimientos habituales de obtenerlas), de supuestas participantes en ritos satánicos, como la de dos niñas prepúberes en un caso famoso ante los odores del consejo de Pamplona, en 1527 (más de un siglo y medio antes del de Salem). Estas niñas dijeron haber sido iniciadas en las artes hechiceriles por las brujas de la comarca, con las que habían asistido volando a orgías y aquelarres. Docenas de personas señaladas, muchas de ellas desconocidas para las dos brujitas, fueron condenadas a muerte. ¿Qué iban a saber los jueces de entonces de las fantasías sexuales y agresivas de la niñez? Algunos pensadores del pasado denunciaron las incongruencias implícitas en estas creencias y acusaciones disparatadas, como el sabio Feijoo, tan admirado de Marañón, en su *Teatro crítico universal* (1727-40), pero no sería sino hasta finales del siglo XIX que los descubrimientos del psicoanálisis permitirían adentrarse en el mundo de los impulsos inconscientes de la mente infantil.

El mayor dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que conllevó el progreso científico y, sobre todo, el mejor conocimiento del psiquismo inconsciente hicieron que se rechazara de los esquemas racionales del hombre occidental la creencia en la brujería. No cabe duda de que constituyó un gran paso para la Humanidad el haber dejado de considerar endemoniadas a mujeres con trastornos psiquiátricos. Dijo Freud (1888): "Las pobres histéricas que en siglos pasados habrían sido exorcizadas o quemadas, han sido en nuestro tiempo ilustrado sujetas sólo a la maldición del ridículo". Más de un siglo antes, Voltaire, comentando sobre los avances intelectuales del enciclopedismo, se había expresado con esta contundencia: "La filosofía

logró curar a los hombres de tan abominable quimera, así como enseñar a los jueces que no deben sentenciar a que mueran en una hoguera los imbéciles".

Los perseguidores

La histeria brujeril convulsionó a Europa en la época de la Reforma y el postrenacentismo. Los psichistoriadores y sociólogos quizás puedan explicar por qué tuvo lugar este fenómeno precisamente en aquella época progresista. Hugh Trevor-Roper (1967), escribió: "Si esos siglos fueron ilustrados, hay que admitir entonces que, al menos en este respecto, la Edad Media fue más civilizada". Los manuales sobre el "diagnóstico" y el "tratamiento" de la brujería proliferaron, confirmando unos las conclusiones de otros. Ciertamente, los delirios de las brujas fueron igualados por las fantasías de sus perseguidores religiosos. La compilación de éstas más notable e influyente fue, sin duda, el *Malleus Maleficarum*, enciclopedia demonológica escrita a finales del siglo xv por dos monjes dominicos alemanes, Kramer y Sprenger, con bula papal de Inocencio VIII, que tuvo como finalidad el asistir a los inquisidores en su exterminio de las brujas. Este tratado ha sido acertadamente considerado por el psicoanalista John Nemiah (1980) como "uno de los grandes libros de la psicopatología". En efecto, muchos de los casos descritos parecen historias clínicas sacadas de textos de Psiquiatría (obsesiones, conversiones histéricas, delirios esquizofrénicos, etc.) Habría que añadir que la psicopatología que salta a la vista en dicha obra no es sólo la de las "posesas". En el *Malleus Maleficarum* puede leerse ejemplo tras ejemplo de las proyecciones que configuraron los prejuicios oscurantistas de aquella época, justificados con la lógica más burda. A una anciana que no había sido invitada a una boda de prosapia en su pueblo, la observan unos pastores en el monte orinando en un agujero y mojándose los dedos con la orina. El cielo se nubla y cae un granizo que arruina la ceremonia nupcial. *¡Post hoc, ergo propter hoc!*, (sucede después de esto, luego es por esto). El pueblo adivina malevolencia en la mujer o le atribuye la que ellos habrían experimentado en su situación de exclusión. La pobre vieja es acusada de practicar brujería y sentenciada a morir en la hoguera.

En la Europa transpirenaica de los siglos xv al xvii predominó entre los propios clérigos y eruditos la creencia en la brujería, los vuelos nocturnos, las reuniones satánicas, etc. En España, por el contrario, muchos eclesiásticos pudieron mostrarse abiertamente escépticos acerca del "grande fraude y engaño" del movimiento brujeril, "nacido todo de la demasiada diligencia que los Comisarios de la Inquisición han hecho", según el obispo de Pamplona. Figuras tan señaladas como el obispo de Ávila, Alfonso de Madrigal, o el cardenal Torquemada opinaron que las historias brujeriles eran producto de la calenturienta fantasía de mujeres ignorantes, aunque, eso sí, una fantasía alentada por el diablo. En contra de lo que suele creerse, el Consejo de la Suprema y General Inquisición española mostró en el caso de las brujas —que no en el de los herejes— una prudencia y moderación únicas en Europa. Salazar, inquisidor de



El Aquelarre (detalle) pertenece a una serie compuesta por catorce obras llamadas Pinturas Negras, que Francisco Goya y Lucientes (1746-1828) realizó en las paredes de la denominada Quinta del Sordo, entre los años 1820 y 1824.

Logroño que se vio implicado en el célebre juicio contra las brujas de Zugarramurdi de 1610, opinó que el proceso había sido "irrisorio, fingido y falso", concluyendo: "Y así todo es demencia que pone horror imaginallo" (cit. en Lisón, 1992).

Las acusaciones que se hacían contra las brujas eran similares, aun en sus obscenos detalles, a las formuladas contra otros "heterodoxos" odiados a lo largo de la historia, como los paleocristianos, los hugonotes, los jacobinos o, por supuesto, los judíos. Cualquier atmósfera de terror tiende a forzar a los ciudadanos a la adopción de posturas claramente "ortodoxas", a la identificación inequívoca con el grupo más poderoso, es decir, el de los perseguidores, para alejar así la sospecha de ser simpatizantes de los "heterodoxos" perseguidos. Cuanto más precarias sean las bases propias de pertenencia al grupo de la "ortodoxia", más robusta tendrá que parecer la "convicción" persecutoria del individuo. Probablemente este fue el caso del Gran Inquisidor Torquemada, de familia de judíos conversos. El jesuita Martín del Río, famoso autor de una enciclopedia furibundamente antiherética tampoco pudo presumir de "limpieza" de sangre. No hay mejor defensa que el ataque. El ser astilla del mismo palo da alas a la antemencionada defensa psicológica de la *proyección*. Todo lo "malo" propio se atribuye a cierta característica *compartida*; los atributos negativos se proyectan luego sobre el grupo

minoritario que sirve de cabeza de turco, y el sujeto se siente libre de ellos y "bueno", pudiendo, por así decir, respirar más tranquilo. Hay que añadir, no obstante, que después queda la mente sumida en un conflicto inconsciente con los imperativos categóricos culpógenos de difícil resolución.

A la atmósfera de persecución brujeril contribuyeron muchos factores. Se sabe que hubo acusaciones por venganzas y por envidias, comprándose algún falso testimonio. Feijoo, con amargo humor, apuntó: "En Lorena, cuando los señores confiscaban los bienes de los que eran acusados de hechicería, había más hechiceros que en todo el resto de Europa". Hubo, incluso, acusaciones de brujería hechas con el fin de salvar de la tortura prescrita a algún familiar acusado y de obtener el perdón por medio del arrepentimiento. Los acusadores en general y los inquisidores en particular verían su malevolencia inconsciente y sus deseos censurables (es decir, sus propios "demonios") en las supuestas brujas; pero esto tuvo que generar temor a unas represalias, tanto de forma realista como supersticiosa. En efecto, este tipo de actuaciones crearía odios enconados y terribles enemistades, viéndose el acusador, además, sujeto a un intenso conflicto intrapsíquico. Por una parte, desearía fervientemente la eliminación de la bruja o el brujo tenidos como personificaciones del mal (proyectado). "Muerto el perro...", se diría. Por otra parte, ese reservorio de temores paleológicos que es el pensamiento mágico haría a estos hombres sobrecogerse ante la posibilidad de que la influencia sobrenatural de la bruja pudiera cernerse sobre ellos aun después de su desaparición terrenal. Además, acusadores e inquisidores tuvieron, lógicamente, que cuestionarse la veracidad de sus alegatos. Para acallar sus remordimientos habrán recurrido sin duda a reforzar tanto su autoconvencimiento como su persuasión mutua aduciendo nuevas "evidencias" y razones "confirmatorias".

En los siglos de psicosis antibrujeril, a las distintas modalidades de herejes les tocó jugar en España ante el Santo Oficio el papel antonomástico de víctimas propiciatorias, reservado en otros países para los acusados de brujería, aunque hay que añadir que la Iglesia llegó a considerar que eran brujos todos los herejes. El religioso Del Río, doctor por Lovaina, aseguró en su obra *Disquisiciones mágicas* de 1599 que, incuestionablemente, los herejes eran magos, recomendando que se les diese tormento. Apoyándose en estudios de numerosos "eruditos demonógrafos", expuso la tesis de que Martín Lutero fue engendrado en una mujer por un macho cabrío. De todo esto se saca la enseñanza de que hasta las teorías más peregrinas y el odio más enloquecido pueden encontrar justificación y sortear la racionalidad aun en personas instruidas.

La psicosis colectiva

Una vez generada una atmósfera demonológica, muchos fenómenos biológicos y psicológicos parecen "encajar" en tal psicosis colectiva. Los padecimientos internos pueden atribuirse entonces fácilmente a influencias sobrenaturales malignas. Por ejemplo, Arnau de Vilanova,

para liberar al papa Bonifacio VIII de unos cólicos renales —¡a saber en qué etiología estaría pensando el ilustre médico catalán!—, construyó un escapulario cabalístico y le aconsejó se lo colocara bajo la faja. Así lo hizo el pontifice, pero las deseadas litotricias no se produjeron. Las enfermedades psicosomáticas, las conversiones histéricas, las compulsiones neuróticas, la neurastenia, las ideas obsesivas, todas podían ser "resultado" de posesiones demoníacas. No digamos nada de los estados maníacos, los estupores neurológicos o psiquiátricos, los estados disociativos o las personalidades múltiples. Las alucinaciones e ideas delirantes de los esquizofrénicos, naturalmente, giraban en torno a temas diabólicos. Los sociópatas argüían que sus acciones delictivas eran producto de la coerción irresistible de Satán. Estaba claro que había que eliminar a las abogadas del demonio en la tierra, las brujas, mujeres fálicas con la escoba entre las piernas, supuestas perpetradoras de tanto mal. Dio esto pie, a su vez, a que la mitomanía, la credulidad pueril, la sugestión tendenciosa, el masoquismo y, sobre todo, el sadismo, campasen por sus respetos.

Filósofos reconocidos como Montesquieu y Bodin, contribuyeron activamente a la propagación de las creencias brujeriles. Jean de Meung calculó que la cantidad de brujas que en los *sabbaths* volaban por los cielos de Francia ascendía ¡a una tercera parte de la población femenina! San Agustín también creyó en las brujas. Caro Baroja (1966), en uno de sus estupendos libros sobre la brujería, cita que este insigne padre de la Iglesia, en *La ciudad de Dios*, afirmaba que "ciertas mesoneras imbuidas de aquellas malas artes, dando de comer queso a los viajeros, luego los convertían en jumentos que servían para transportes". ¡Qué queso sería aquél! El poder de la psicología arcaica propia del pensamiento mágico parece inmenso, aun en inteligencias preclaras, frente al pensamiento racional, que es una adquisición ontogénica y cultural más reciente.

Como hemos visto, ni la educación ni la vocación religiosa fueron obstáculo para la psicosis brujeril compartida. Hasta papas hubo, como Silvestre II, León III o Bonifacio VIII, acusados de practicar la magia negra. En el siglo XIV, el papa Juan XXII mandó a la hoguera al obispo de su ciudad natal sospechando que había urdido un maleficio hechicero contra él. Los votos de castidad y obediencia, represores a ultranza de los impulsos sexuales y agresivos —biológica y psicológicamente imposibles de eliminar— hacen que las personas que los profesan se hallen más expuestas a explosiones incontroladas de los instintos. Por ejemplo, en los siglos XVI y XVII, algunos directores espirituales de las congregaciones de mujeres corrieron un riesgo serio de ser acusados por éstas de haberlas incitado con confesiones demasiado inquisitivas a revelar pormenores inmencionables, haciéndolas tomar consciencia de un mundo insospechado de fantasías y sensaciones sexuales. Varios de estos sacerdotes, sobre todo los jóvenes y apuestos, fueron oficialmente acusados de haber creado con artes diabólicas un convento de pose-sas. Más de uno fue ejecutado. La historia de la brujería es un caso social más del *retorno de lo reprimido*, fenómeno que, no por elemental, deja de ser espectacular.

Imaginémonos ahora lo que serían las reacciones de la población de medios rurales de hace cuatrocientos o quinientos años ante la fenomenología brujeril. Por lo que nos dicen las cró-

nicas y a juzgar por lo que conocemos de la psicología de personas ignorantes y analfabetas, los allegados y vecinos de aquéllas tomadas por brujas sucumbirían fácilmente a una psicosis histérica. Se sabe, en efecto, que solían ver imágenes diabólicas por doquier. También se sabe que, de los que no compartieron estas alucinaciones, se supuso a menudo que el demonio les había hecho algún hechizo para impedirse! Hay que intentar comprender la ominosa sensación de extrañeza de aquella gente simple de pobres recursos cognitivos y verbales ante unas manifestaciones siniestras de origen completamente desconocido y tan alejadas de la impresión que habitualmente les causaban aquellos vecinos y familiares, ahora seguidores de Satán...

Algunos actos sobrenaturales de brujería fueron "presenciados" por numerosos testigos. Mencionemos dos testimonios del siglo *xvi* recogidos por Lisón (1992): "Y luego la dicha mujer se bajó por la pared abajo, andando de pies y manos, como una lagartija; y cuando llegó a media pared levantóse en el aire a vista de todos y se fue volando por él después de haberse todos admirado", y, "Acompañado [el inquisidor] de una veintena de testigos, soldados la mayor parte de ellos, para que pudieran dar fe, un viernes, a eso de la medianoche, instalaron [a la bruja] a que se untara con el ponzoñoso unguento mágico para volar al aquelarre; la mujer accedió gustosamente. Una vez embadurnada subió a una ventana a tal altura que si un gato cayera quedaría hecho pedazos; invocó al demonio que vino inmediatamente y la condujo por el aire, a vista de todos". Estos ejemplos estrambóticos de *folie à plusieurs*, hoy raros en Europa, ilustran el inmenso, contagioso y temible poder de la sugestión.

Pero, seguramente, será de mayor interés para el lector examinar las reacciones de algunos de los médicos de la época ante patologías inexplicables de supuesta naturaleza brujeril. Escuchemos otra vez a Feijoo, luminaria en la oscuridad científica del siglo *xviii* español. Nuestro perspicaz benedictino opinaba, seguramente con razón, que demasiados médicos se comportaban como curanderos pretenciosos. "Son llamados de la gente rústica para unos géneros de dolencias que, sin auxilio forastero, la naturaleza cura por sí misma. Hacen sus habilidades, convalece después el enfermo, y a la superstición se atribuye la mejoría que se debió a la naturaleza". Es de admirar el valor y la claridad de ideas en la denuncia de Feijoo contra médicos ignorantes que, ante enfermedades de etiología desconocida o de difícil tratamiento, optaban por hacer diagnósticos de influjo brujeril antes que reconocer sus comprensibles limitaciones. "Las enfermedades extraordinarias, apenas alguna vez dexan de tomarse por señas de maleficio o posesión. De esto tienen la mayor culpa los médicos indocitos, que cuando ven síntomas de que no hallaron noticia en los pocos libros que leyeron, y no alcanzan la causa ni el remedio, echan la culpa al Diablo". Ante las mujeres aquejadas de neurosis histéricas, el comportamiento del médico observado por Feijoo fue el siguiente: "Éste jarabea, purga, da cordiales, aplica unguentos. Nada sirve. Repítese la misma tarea. El mal crece en vez de minorarse. No se ha de menester más para que el médico vocee que hay causa preternatural. Dase cuenta a un exorcista, el cual, al primer gesto desusado que vea hacer a la enferma, confirma la opinión del médico, y estos dos votos juntos arrastran a casi todos los

del pueblo". Es de particular interés que el médico, supuesto defensor de la ciencia, acabase adoptando las creencias supersticiosas del exorcista o el curandero, al igual que éstos adoptaron las del pueblo inculto. La regresión, repitamos, es contagiosa; conecta a las gentes en su inherente primitivismo mental y termina igualando a personas de dispar intelecto. Al final existe un refuerzo mutuo de actitudes y no se distingue si las figuras de autoridad y los hombres doctos son arrastrados por la masa, o viceversa.

Bibliografía recomendada

- Caro Baroja J. Las Brujas y su mundo. Madrid: Bolsillo Alianza Editorial, 1966.
- Freud S. Hysteria. Standard Edition. Londres. Hogarth (1888), 1966
- Lisón Tolosana C. Las brujas en la historia de España. Madrid: Temas de Hoy, 1992.
- Trevor-Roper H. The European Witch-Craze. Middlesex. Penguin, 1967